

MIGUEL GONZÁLEZ

VOX



EL NEGOCIO DEL PATRIOTISMO
ESPAÑOL

 PENÍNSULA

Vox S. A.

El negocio del patriotismo español

Miguel González

© José Miguel González López, 2022

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com;

91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2022

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2022
Ediciones Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespensula@planeta.es
www.edicionespensula.com

REALIZACIÓN PLANETA - fotocomposición
Depósito legal: B. 2.958-2022
ISBN: 978-84-1100-059-8



Índice

Introducción. El nombre de la cosa	11
1. Años de honor y gloria	19
2. Bajo la protección de la lideresa	25
3. La <i>torna</i> de Pujol	32
4. El PP auténtico	37
5. La travesía del desierto	42
6. «Uno de nosotros»	47
7. La reconquista empieza por el sur	54
8. Guerra en las aulas	61
9. La herida abierta	67
10. Enredados en las redes sociales	75
11. Los espadones de Abascal	83
12. El infierno son los otros	91
13. «Puigdemont a prisión»	97
14. De la internacional ultra a la santa alianza	104
15. La deriva iliberal	112
16. En la torre Trump	118
17. La desmemoria histórica	128
18. Entre el antisemitismo y el sionismo	136
19. De vuelta al armario	144
20. La «amenaza» feminista	153
21. Vox se pone el mono	161

22. Ruido de togas	171
23. Tricornios, porras y grilletes	179
24. Negacionismo con dividendos	188
25. El tren de la pandemia	195
26. Convertir las piedras en votos	204
27. Vox sociedad limitada	211
28. Una pizzería en Murcia	217
29. Las primarias y las últimas	225
30. Llegan los hombres de negro	229
31. Los 7.000 afiliados fantasma	235
32. Los enemigos del pueblo	242
33. La Fox de Vox	251
34. El descubrimiento de América	259
35. La España que no quiere pagar impuestos	269
36. «Santiago Matamoros»	276
37. «El gobierno de los muertos»	284
Epílogo. Ellos prefieren que los llames populistas	293
Anexo. El partido y la secta	303
Notas	317
Bibliografía	379

Años de honor y gloria

«Me siento como un judío en la Alemania nazi.» Lo dijo Santiago Abascal Escuza, padre del actual líder de Vox, el 23 de julio de 2000, después de que unos desconocidos pintarrajearan dos caballos de su propiedad con insultos y un «Gora ETA» y dejaran en la entrada de la campa donde los guardaba, a las afueras de Amurrio (Álava), una amenaza de muerte: «Abascal, te queda poco ya».

Histórico de Alianza Popular, portavoz del PP en las Juntas Generales de Álava, líder del partido en el Valle de Ayala (la comarca más nacionalista de la provincia) y concejal de su pueblo, Abascal Escuza ocupó fugazmente, entre 2003 y 2004, un escaño en el Congreso de los Diputados. El abuelo del líder de Vox, Manuel Abascal Pardo, empresario textil, había sido alcalde de Amurrio durante dieciséis años en la última etapa del franquismo (1963-1979), un puesto que aceptó «por la amenaza del gobernador civil de meterle en el calabozo si se negaba», según le oyó contar su nieto.

La tienda familiar, Novedades Abascal, sufrió tres ataques en 1999 por parte de los «cabezas rapadas» de ETA, como los llamaba su dueño. En uno de ellos, en febrero, quedó calcinada por artefactos incendiarios (años después reconocería que había recibido 12.000 euros de la caja B

del PP para paliar los daños que no cubría el seguro, como figuraba en una anotación de los papeles de Bárcenas). No fueron un hecho aislado. Entre abril de 1981 y abril de 2009, la familia Abascal fue objeto de 88 actos hostiles por parte de la llamada izquierda *abertzale*, incluidas pintadas, cartas de extorsión, ataques a su comercio y tres intentos frustrados de atentado; dos contra el padre, Abascal Escuzza, y uno contra Nuevas Generaciones, organización de la que formaba parte su hijo, Santiago Abascal Conde. Este último llevaba un inventario exhaustivo de todas las agresiones sufridas en una hoja de Excel y la incluyó en un anexo de su libro *No me rindo*,¹ como si se tratara de condecoraciones. «Que quisieran matarme por algo tan importante como España es una suerte que no todo el mundo ha tenido. Yo ahora miro atrás y lo veo así, como una medalla que llevo en el pecho. No lo cambio por nada.»²

ABASCAL CONDE, EL INICIO DE UNA CARRERA POLÍTICA

El despertar a la conciencia de Santiago Abascal Conde se produjo muy pronto, con apenas nueve años. El 26 de junio de 1985 se hallaba en casa de sus abuelos en Sevilla cuando se enteró por televisión del asesinato del cartero de su pueblo, Estanislao Galíndez Llano. «¡Han matado a mi amigo!», rompió a llorar desconsolado. Los verdugos de ETA acusaron de chivato al humilde empleado de Correos; una condena a muerte sin juicio ni apelación posible (del mismo modo que hicieron con su hermano Félix, ejecutado cuatro años antes).

El 31 de diciembre de 1994, recién estrenada la mayoría de edad, Santiago Abascal junior recibió el carné de afiliado del PP y menos de un mes después, el 24 de enero

de 1995, asistió a su primer acto político: el funeral por Gregorio Ordóñez, diputado vasco y primer teniente de alcalde de San Sebastián, asesinado por ETA.

Con solo veintitrés años, Santiago Abascal Conde empezó a llevar escolta y obtuvo su primera licencia de arma corta: una Smith & Wesson 9 mm Parabellum. Cada mañana acompañaba a su padre a levantar la persiana del negocio familiar, aunque este tenía su propia protección armada. Puede resultar frívolo comparar el País Vasco de la época con el *Far West*, pero así se sentía él, según cuenta en su libro de memorias, uno de cuyos capítulos tituló: «Rodeado por los indios». Alguno de sus pasajes parece sacado de la escena de la cantina de un *spaghetti western*: «Para quitármelo de encima, no me quedó sino agarrarle de los pelos y acertarle un rodillazo en pleno rostro. Encadené contra él un puñetazo tras otro con toda la rabia de que era capaz, que debía ser mucha porque el sonido de los golpes se sobreponía a la música del local». Al parecer, un tal Jon de Orduña le había insultado y agredido en el bar D'Huart de Llodio (Álava).³ No salió bien parado.

A esa misma edad Abascal Conde no solo estrenó escolta y pistola, también acta de concejal. En 1999, se convirtió en edil de Llodio (Álava) porque el candidato que le precedía en la lista dimitió sin tan siquiera haber tomado posesión. A él no se le encontraría asistiendo a los tediosos plenos dedicados al servicio de basuras o el asfaltado de las vías, pero sí en los debates sobre los presos o la bandera que colgar en el balcón municipal. «La política no es solo el plan de urbanismo, ni el horario escolar, ni el alumbrado de las calles. Todo eso a mí nunca me ha interesado, aunque fui concejal ocho años», confiesa.⁴ Durante la siguiente década no se apeó del coche oficial: fue jefe de gabinete de César Velasco —subdelegado del Gobierno en Álava y

marido de una tía suya—, además de concejal, juntero y parlamentario vasco.

Al año siguiente, el 25 de noviembre de 2000, fue elegido presidente de Nuevas Generaciones del País Vasco. Ese día, el comando Gaua de ETA planeaba hacer estallar una jardinera-bomba en el restaurante Zeppelin de Vitoria, donde cenaba con 200 jóvenes del PP, pero Abascal no lo supo hasta pasados cuatro meses, cuando los etarras fueron detenidos.⁵ Al frente de los cachorros del PP vasco, aprendió el oficio de diseñar acciones efectistas, capaces de atraer el foco de los medios de comunicación, estrategia que luego aplicaría en Vox. «Hacer cosas de las que no tengan más remedio que hablar», en palabras del propio Abascal.⁶ En una ocasión, taparon la placa de la calle Sabino Arana de Bilbao; en otra, ahorcaron un muñeco que simbolizaba el Estatuto frente a Ajuria Enea, la sede del lendakari Ibarretxe. Los «niños pijos del PP», recluidos hasta entonces en Neguri, habían vencido su timidez y se habían vuelto audaces e imaginativos.

Abascal llegó de carambola a la Cámara de Guernica en enero de 2004 para ocupar la vacante de su compañero Carlos Urquijo, nombrado delegado del Gobierno en el País Vasco. En las siguientes elecciones de abril de 2005 no resultó elegido «debido a una ocurrencia zapateril», según sus palabras: la reforma de la ley electoral obligaba a presentar «listas cremallera», en las que se alternaran candidatos de los dos sexos, lo que le relegó de los puestos de salida. Para hacerse finalmente con el escaño cometió un fraude de ley, como él mismo reconoció más tarde: «La candidata que me precedía [en la lista] renunció a su acta, así lo teníamos ya pactado, y yo ocupé su puesto».⁷ En la Cámara de Vitoria replicó el tipo de acciones llamativas que había aprendido con las juventudes del PP: por ejemplo, el 30 de

mayo de 2008, durante el debate sobre el informe anual del Ararteko, el Defensor del Pueblo del País Vasco, subió a la tribuna y rasgó la papeleta del Plan Ibarretxe (la propuesta de reforma del Estatuto de Guernica que atribuía al pueblo vasco el derecho de autodeterminación, conocida popularmente así por el lendakari Juan José Ibarretxe, que fue finalmente rechazada en el Congreso, no llegando a someterse a referéndum). «Ya has conseguido la foto», le espetó molesto su compañero de filas Iñaki Ormazabal.

En 2009, no consigue renovar su escaño y emprende la única aventura empresarial de su vida: monta un café restaurante en Vitoria, el Heineken Urban Concept, con un resultado tan ruinoso que el banco termina embargando su vivienda familiar. El fracaso de la empresa se une al naufragio de su matrimonio y al progresivo declive de su estrella política.

HACIA MADRID

Descabalgado de cualquier cargo público por los nuevos responsables de su partido, arruinado y divorciado, Abascal emprende un viaje a Madrid sin billete de vuelta. ETA ha dejado de matar y el PP heroico en el que ingresó ya no existe: el de Jaime Mayor Oreja, el político del que dice haber aprendido más, después de su padre; el de Carlos Iturza, que siempre llevaba una corbata negra en el maletín por si había que asistir a un funeral; y el de María San Gil, que tomó el relevo de Ordóñez tras contemplar cómo le descerrajaban un tiro en la nuca y salir corriendo detrás del asesino.

Tras la victoria de Rajoy, en noviembre de 2011, su amigo Carlos Urquijo es nombrado de nuevo delegado del

Gobierno en el País Vasco y, al correr la lista, le toca sustituirlo otra vez, pero el presidente del PP vasco, Antonio Basagoiti, le pide que renuncie al acta. Para entonces, Abascal lleva dos años en Madrid, donde la presidenta regional, Esperanza Aguirre, le ha brindado refugio y lo ha colocado al frente de un chiringuito autonómico perfectamente inútil: la agencia madrileña de protección de datos. Atrás quedan, según sus palabras, unos años en los que «se nos dio la oportunidad de bailar con la muerte y jugarnos la vida a una carta: aceptamos y [...] supuso un chute en endorfina, una descarga de adrenalina. Era embriagador ser un villano para los villanos, dar la cara y no esconderla tras un pasamontañas, ser los rebeldes con causa de un sistema donde ellos —los cachorros de ETA— eran los niños mimados, vivir la mayor cantidad posible de épica que nuestra época nos ofreció. Aquellos años de honor y gloria dieron sentido a unas vidas: las nuestras».⁸